Es bien cierto que el tema, hoy más actual que nunca, es el de la movilidad humana. Los hombres se trasladan asiduamente de un lado a otro, con el afán de conocer, intercambiar, dialogar, encontrar nuevos horizontes y nuevas culturas.

Pero como siempre, el problema no es el turismo. El problema, si queremos ser sinceros, son las personas que realizan el turismo, y aquellos que teniendo responsabilidades en este ámbito –políticos, legisladores, hombres de gobierno y de finanzas– deben comprometerse a favorecer el encuentro pacífico entre las poblaciones, garantizando seguridad y facilidad de comunicación.

Los promotores, los organizadores y los que trabajan en el sector turístico están llamados a realizar estructuras que lo hagan sano, popular y económicamente sostenible, teniendo siempre en claro que en toda actividad, y por tanto también en el turismo, el fin primario debe ser siempre el respeto de la persona humana, en el contexto de la búsqueda del bien común.

Entonces, el criterio es saber cómo se usa el tiempo del turismo y el saber honesto de lo que se ofrece. Esta palabra no es casual. Está cargada de responsabilidad, honestidad y cultura. No puede haber excusa. Ésta puede ser, imprudentemente, la de tener que ofrecer porque los "demás" demandan cosas para el vil consumo. Tampoco es un criterio, que por tener disponibilidad de dinero, se pueda permitir cualquier cosa. Acentuando la premisa de que lo que no se hace en "casa" no se puede hacer libremente fuera de ella. A buen entendedor sobran palabras.

Quiera el Señor que nos demos cuenta de esta hermosa y desafiante responsabilidad. Es un don. En nuestro país, rico por la topografía, medios y cultura, sepamos, todos, aunando los esfuerzos, dar cosas de excelencia para contribuir así al bien común. Bien común del que todos somos responsables y a la vez custodios.

Dios bendiga a todos los que trabajan en esta hermosa tarea y que podamos hacer más habitable, más humano y más noble el ejercicio responsable de nuestra misión.